

Miguel Delibes

El hereje

Edición de Mario Crespo López

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

PRELIMINARES	9
INTRODUCCIÓN	15
Proceso de escritura.....	20
Estructura y narración.....	29
Paratextos.....	32
Preludio	37
Libros I, II y III.....	39
Personajes.....	43
El protagonista, Cipriano Salcedo.....	44
Minervina Capa.....	51
Teodomira Centeno	52
Doña Leonor de Vivero	53
Doña Ana Enríquez	55
Interpretaciones	57
Libertad de conciencia.....	58
Memoria histórica.....	64
La <i>reformatio iberica</i> y la España que no pudo ser	68
<i>El hereje</i> , novela histórica.....	73
Fuentes de información	79
Lengua y estilo	92
Éxito de la obra. Delibes después de <i>El hereje</i>	98
Reacciones de los lectores.....	103
La Ruta del Hereje.....	106
Proyecto cinematográfico.....	110
Proyecto teatral	113
ESTA EDICIÓN	115
«EL HEREJE» EN EL ARCHIVO DE MIGUEL DELIBES	119
BIBLIOGRAFÍA	127

EL HEREJE	145
Preludio	149
Libro I. Los primeros años	185
Libro II. La herejía	311
Libro III. El auto de fe	463

PRELIMINARES

La descripción del Auto de Fe en Valladolid, en 1559, es una prueba de la capacidad de Miguel Delibes para componer una escena de martirio individual y de insania colectiva. Pero esta novela histórica, la única en su género y la última de las muchas e inolvidables narraciones que escribió su autor, es un ejemplo más de la autenticidad de su vivir y obrar. A la vez que revela el estado y el ambiente de su ciudad natal y de los campos de Castilla, cuenta la trayectoria de un hombre auténtico, consecuente consigo mismo en su amor por la gente de su tierra. Castilla aparece ante los ojos de cualquier lector en sus lugares y avatares, iluminada por la forma más directa e inmediata de la caridad, por la ley más profunda de la compasión. Miguel Delibes sabe siempre ponerse en la conciencia de sus personajes por empatía, simpatía y solidaridad. Habla a todos los hombres con ánimo de esperanza y de fraternidad universal. No en balde la ilustración de la cubierta en la primera edición de *El hereje* recoge la imagen de una mujer que tiende su mirada al niño recién nacido, evocando así la asistencia de la nodriza, educadora y amante del niño que ya no está entre sus brazos, sino en la hoguera.

GONZALO SOBEJANO

Nueva York, 23 de octubre de 2018

Seguramente me ha contestado Miguel Delibes a la carta que le envié con motivo de la publicación de *El hereje*, no sé ya en qué términos. Lo que nos unió no era, sin embargo, la correspondencia, sino el trato personal y la amistad con la que me ha honrado. Nos hemos visto con cierta frecuencia, tanto en su casa de Valladolid como en su finca en El Montico, cerca de Tordesillas. Yo había, ya antes de establecerse el programa Erasmus, iniciado una estrecha colaboración entre mi Universidad y la de Valladolid. También vino él (tan reacio como era a los viajes) dos veces a Saarbrücken: una para dar una conferencia y la otra para recibir en 1990, acompañado de la familia en completo, el título

de doctor *honoris causa*. También coincidimos en varios coloquios celebrados en su honor.

No solamente hablamos sobre lo que él publicaba o estaba a punto de publicar (por ejemplo *El hereje*) o sobre la vida cultural en general. También jugamos al tenis y comentamos juntos el Tour de Francia delante del televisor; era una época en la que el ciclismo parecía todavía un deporte *noble*. Hasta tal punto que se podía bromear sobre los grandes *Miguel*es de España: Cervantes, Unamuno, Delibes e Induráin.

En cuanto a *El hereje*, sigo considerándolo su obra más importante. En primer lugar por ser una novela histórica y vallisoletana, fidedigna y a la vez muy entretenida; en segundo lugar, por lo que significa como *Vergangenheitsbewältigung*. Con este pesado término se denomina en Alemania el trabajo de hacer memoria histórica sobre el Holocausto. *El hereje* es un verdadero modelo en este ejercicio de autoconcienciación. En tercer lugar, porque *El hereje* le hace a uno especular en cada página sobre lo que hubiera podido ser de España, si erasmismo y luteranismo hubieran podido seguir adelante. Y, por último, porque es una especie de metanovela sobre el tema de la censura, tanto la de la Inquisición como la del franquismo o cualquier otro régimen autoritario.

HANS-JÖRG NEUSCHÄFER
Berlín, 25 de febrero de 2019

Repetía Miguel Delibes que la suya no era una novela histórica. Sin embargo, nació gracias a la curiosidad hacia acontecimientos históricos del siglo XVI y todo lo que los rodeó, lo que fueron y lo que significaron. Y por ello, y porque así lo quiso su criador, es decir, por el interés de Delibes, en *El hereje* se respira historia.

Es una novela que se originó en una tertulia de los años noventa del siglo XX y en la que, en aquella ocasión, se hablaba de algo que impresionó a Delibes: de los autos de fe (cuya complejidad no es posible describir) de 1559, acaecidos en la villa de Valladolid y que tuvieron repercusión universal. Uno de aquellos conversadores, el catedrático de Derecho Ángel Torío, se encargó de espolear la curiosidad de Miguel Delibes, que no solo leyó la narración de Menéndez Pelayo en los *Heterodoxos* sino que se decidió a escribir una novela de fondo y con forma humanista.

De fondo humanista pero que requería una información histórica. Y en la búsqueda de esta información se pudo ver a Delibes, auténtico señor del lenguaje, anheloso de sintonizar con mentalidades de antaño.

Disponía de una cultura privilegiada que le hubiera bastado y sobrado; tenía recursos cercanos en su familia, en su casa. Pero quería más su insaciable curiosidad.

Y cayó en las redes de los especialistas, numerosos, encantados por conversar con Delibes sobre aquellos problemas lejanos. La verdad es que en aquellos contactos mucho tuvo que ver su hijo Germán. Trató con José Ignacio Tellechea Idígoras, con su persona y sus obras maestras sobre Carranza y los «herejes» inquisitoriados; con Bartolomé Bensusán, la autoridad en aquel Valladolid con sus «fiestas de la ortodoxia». Y con otros historiadores de por Valladolid, como Anastasio Rojo, conocedor de la historia de la medicina, de aquellos artefactos que ayudaron a nacer a Cipriano Salcedo.

Entre estos afortunados tuve la suerte de encontrarme yo gracias a la amistad con sus hijos; alguno de ellos —el pobre— fue alumno mío. Fue por los primeros meses de 1996 cuando Germán me entregó una especie de carta de su padre, naturalmente escrita a mano y que en realidad era una catarata de preguntas sobre muchas cuestiones históricas que le estaba planteando el héroe (o contrahéroe) Cipriano Salcedo por su ocurrencia de hacerse luterano con todas las de la ley. Y preguntaba, así, y nada menos, sobre el luteranismo en la Alemania; sobre el funcionamiento y actividades de los conventículos en España y temas fundamentales de sus reuniones; cómo se extendían las nuevas de Lutero; viajes de ida y vuelta —decía— a los lugares luteranos, sobre *Julianillo*. Necesitaba claridades en tantas cuestiones como le iban «saltando» al contemplar personajes, inquietudes, comportamientos en los tiempos más brillantes y, también, más complicados de Valladolid.

No es posible reproducir tantas preguntas como en lo sucesivo plantearía la curiosidad del humanista. Se interesaba por todo: por los curas degradados en la ceremonia del auto de fe; por los sustitutivos de la confesión en los luteranos; por los recursos «nicodemitas». Preguntaba hasta dónde se llegó dogmáticamente y se sobrepasó «el beneficio de Cristo» y si los «luteranos» de por aquí se hicieron eco de negaciones como la del purgatorio, de las indulgencias, de las intercesiones o del celibato.

Y siguió con las preguntas en papel. Y con charlas en las comidas de los tres: Delibes, Germán y yo. Le intrigaban, y mucho, los mecanismos de la Inquisición, si se necesitaba orden judicial para las detenciones (algo en lo que pronto se desengañó). Quería conocer todo lo referido a las cárceles (a las cárceles secretas, no tanto a las otras) ya que el penúltimo acto de la vida y de la muerte de Cipriano se desarrolla en aquellas prisiones, bastante bien estudiadas por cierto.

Requería información sobre el sistema de comunicaciones, que no eran solamente las terrestres y las marítimas con las que se abre la novela, sino también las otras, las formas de comunicar las ideas, de comunicarse la «herejía», por los sermones, por la conversación y las tertulias (alguna con doña Teresa de Ahumada y doña Guiomar de Ulloa la da a conocer por primera vez Delibes), por los libros que también circulan por *El hereje* como lo hace algún diálogo erasmista de Alonso de Valdés. Percibió el valor periodístico de las «Relaciones de sucesos» que tanto abundaron con motivo de los autos de fe de 1559. Precisamente la aconsejada lectura de una de ellas, la incorporada en *Historia de los heterodoxos españoles* de Menéndez Pelayo, animó a Delibes a sumergirse en aquel clima de represión y a recrearlo.

No quiere decirse que Delibes ajustara todos los pasos de su novela a las indicaciones de los especialistas. Por fortuna. Porque gracias a no haber sido la suya una obediencia ciega, a que prefirió, por ejemplo, juntar en uno los dos autos de fe de aquel año, todo adquirió más coherencia. No hizo caso a alguna información, y unió los «Niños de la Doctrina» con los «Niños expósitos», y así resultan más cálidas las páginas dedicadas a aquel reducto en el que su padre depositó al hijo no querido en exceso por haber causado su nacimiento la muerte de la esposa. Y acertó en el tejido de páginas llenas de vida, con los niños del colegio a pedradas en pro o en contra de Erasmo; y llenas de muerte, con las de los relajados de los autos de fe, con los expósitos asistiendo a entierros como medio de subsistencia y con rezos y letanías en un latín correctísimo, algo que no suele acontecer siempre.

En la monarquía española, en este momento y por las causas tan bellamente expuestas en la novela, perció cualquier asomo de tolerancia, de erasmismo evangélico, no digamos de libertad. La historia de Cipriano Salcedo, «el hereje», su final en el quemadero, no dejaban vislumbrar el cumplimiento lejano de la profecía de su tío letrado, que despedía de esta suerte a su sobrino condenado a la hoguera: «Don Ignacio Salcedo le abrazó hacia sí, le besó en las mejillas y le retuvo un momento entre sus brazos: Algún día —musitó a su oído— (y es la idea conductora de la novela del humanista Delibes) estas cosas serán consideradas como un atropello contra la libertad que Cristo nos trajo».

TEÓFANES EGIDO
Valladolid, 8 de abril de 2019